

manos. Las mujeres bugis suelen dejarse crecer la uña del pulgar de la mano izquierda que á menudo tiene una pulgada de longitud y que suele estar protegida por una especie de cubierta.

En todos los territorios malayos son objeto de especial atención las mutilaciones de los dientes con frecuencia combinadas con coloraciones artificiales: esta costumbre la vemos extendida desde Sumatra hasta las Molucas y desde Formosa hasta Borneo. Hombres y mujeres se hacen limar los dientes; el sistema más extendido es el de limar los dientes delanteros y los caninos de la mandíbula superior, los cuales resultan más cortos aunque conservando su verdadera forma. Algunas veces se hace lo propio con los dientes y caninos de la mandíbula inferior. No faltan tampoco individuos que se liman los dientes en punta, ó que se hacen en ellos una ranura transversal, ó que se cortan los dos dientes delanteros en forma de triángulo. Las mutilaciones de los dientes no están relacionadas con una edad especial, pues si bien suelen practicarse al entrar el individuo en la pubertad, hay muchos hombres que han pasado de ella y no han querido someterse á ese doloroso procedimiento. La costumbre, sin embargo, exige, según parece, que el hombre se someta á él antes de casarse, obedeciendo esto sin duda, sea cual fuere la idea originaria que engendró este uso, al deseo de complacer al sentimiento estético que califica de dientes de perro á los dientes largos y blancos. «El efecto que la limadura de los dientes produce en la fisonomía — dice F. Grabowsky — es deplorable para el gusto europeo. No pensaban, sin embargo, de esta manera los jóvenes que conmigo presenciaban esas mutilaciones, según pude colegir de las bromas que hacían respecto de la fortuna que tendrían el interesado entre el bello sexo. Todos ellos me dijeron que los dientes limados eran mucho más bellos que una dentadura completa.» Esta opinión está corroborada por la costumbre extendida en Borneo y en Sumatra de agujerear los cuatro incisivos superiores pasando por los orificios un alambre de oro. Hagen vió algunos tobah-battas con toda la dentadura limada y cubierta de laminitas de oro, «sucediendo muchas veces, gracias á esto, que un individuo lleve toda su fortuna en la cabeza.» En este caso los dientes son ennegrecidos; generalmente se les ennegrece también después de la primera limadura, valiéndose para ello de una laca negra y brillante. En la actualidad esta costumbre sólo tiende al embellecimiento, pero puede muy bien haber sido hija del deseo de evitar que se echen á perder los dientes limados procurando esto por medio de la resina permanente de una especie de *Chalcas* ó *Artocarpus* como en Borneo ó de una tinta de hierro como en Java. Así lo demuestra el hecho de que la pintura con color negro, de uso tan generalizado entre los dajakes, esté limitada á la mandíbula inferior. Además de esto, la costumbre de mascar betel hace que los dientes tomen un tinte oscuro dándoles un aspecto de suciedad merced á la cual la coloración en negro mas bien los embellece que los afea. Hasta los javaneses civilizados se pintan los dientes con una pintura negra como el ébano. La limadura de los dientes la practican personas expertas; antiguamente se hacía con una piedra, hoy se hace con un cincel ó con una lima. Esta costumbre no va, al parecer, acompañada de ceremonias especiales y únicamente de Sumatra se dice que después de practicada la operación se clava la lima en un tronco de plátano para evitar que aquélla tenga malas consecuencias para el que la ha sufrido. Los mahometanos no sólo se someten á esta costumbre sino que la motivan en una leyenda propia según la cual á Mahoma le fueron arrancados cuatro de sus dientes superiores cuando huía de la persecución del príncipe de Lakad,

habiendo esto gustado tanto á sus jóvenes compañeros que en seguida le imitaron. Los formosanos, á cuyas muchachas se les arrancan los caninos superiores al entrar en la edad núbil, dicen que esto se hace para facilitarles la respiración.

En territorios muy diferentes unos de otros encontramos deformaciones del cráneo obtenidas casi siempre por aplastamiento de la parte posterior de la cabeza y raras veces por presiones verticales de la frente y por achatamiento de la nariz.

Prescindiendo de los adornos de procedencia ó imitación india y europea, el uso de gran número de brazaletes algunas veces en forma de espiral nos recuerda las costumbres africanas. En un pueblo tan sencillo como el de los ilongotes los hombres y las mujeres llevan en el cuello y en los brazos aros de alambre de bronce ó de latón adornados con semillas duras y de vivos colores, las del *Abrus precatorius* por ejemplo. Los alambres con que los hombres se rodean los brazos están fuertemente apretados á los músculos, de modo que es muy probable que tales objetos más que de adorno sirvan para aumentar ó conservar la fuerza muscular, como sucede entre los wakambas y otros africanos. Los formosanos se suelen apretar el cuerpo con ligaduras y los niños parecen en esta isla avispas: los cinturones de madera que llevan superpuestos las mujeres dajakes recuerdan los cinturones de cuerda de las indias sudamericanas. En las cuevas de Luzón se han encontrado brazaletes de vértebras de dugongo iguales á los que los micronesios llevan y tienen en gran estima. En la Sumatra central el adorno de las muchachas consiste también en aretes para las orejas y en estrechas abrazaderas de plata que se colocan en la muñeca y en el brazo y que algunas veces, en número hasta de 20, llegan al codo. Las solteras sólo pueden llevar brazaletes de plata en un brazo y únicamente las novias tienen el derecho de adornarse con ellos los dos brazos, pero en cuanto se ha celebrado el matrimonio tienen que quitarse todos los adornos que ya no han de volver á llevar jamás. Originales en extremo son los brazaletes hechos con trenzas de cabezas de chinos cazados que llevan con orgullo las jóvenes formosanas. Los malayos occidentales no tienen en las orejas los muchos agujeros que ostentan los dajakes para los cuales la suprema belleza consiste en tener grandes orificios en aquéllas, pendiendo de ellos un par de anillos de plata que hacen descender el lóbulo auricular hasta más abajo de la barba. Este detalle aparece también entre los battas de Tobah, los igorotes de Luzón y otros: los igorotes llevan en estos lóbulos enormemente prolongados espirales de alambre de plata de un centímetro de espesor y tan pesados que para que no carguen tanto sobre la oreja se les sujeta al pañuelo de la cabeza. Los dajakes se agujerean, además, la parte superior de la oreja colgándose en ella borlas encarnadas de telas de algodón y otros adornos. Este adorno adquiere, como el tatuaje, una importancia política y social, pues en cuanto un dajake se ha distinguido en la parte superior de sus orejas un par de colmillos de leopardo. Ese sistema de adornarse está muy en boga entre los dajakes de Kutei en donde constituyen una verdadera excepción los hombres que no aparecen de tal suerte embellecidos. El número de estos dijes auriculares indica, entre algunas tribus, el número de cabezas cortadas. Entre los formosanos que tantos puntos de contacto tienen con los chinos hácese muy poco uso de los brazaletes, de los aretes para las orejas y de las cuentas de cristal, pero los «completamente rudos», los chinwanes del interior, llevan pesados pendientes de bam-

bú, de piedra y de metal, diademas de conchas y delgados brazaletes de cobre. Los cerameses se distinguen también con frecuencia por una superabundancia de colgajos de cuentas, debajo de los cuales «desaparece la impresión de la desnudez.» Los tingianos de Luzón llevan pesadas moles de cuentas de abigarrados colores ó de piedrecitas que se sacan de las islas Batanes y los igorotes ostentan como collares y como pendientes dientes de cocodrilo á los que dan un valor extraordinario. Los adornos usados por los antepasados aparecen revestidos de importancia legendaria como prendas de familia, llegando á convertirse con el tiempo en preciosos amuletos.

En punto á armas hallamos entre los malayos la misma diferencia que en materia de trajes, aunque en menor escala (véase el grabado de la pág. 592); las tribus pobres y nómadas del todo ó con tendencias al nomadismo no sólo tienen armas más sencillas sino que usan casi siempre en primer término las armas de alcance, como el arco y la flecha ó la cerbatana y la saeta, siendo esto aplicable principalmente á los pueblos del interior de Borneo y de Luzón alejados del trato de las gentes, entre las cuales el continuo estado de guerra permanente, consecuencia de sus cacerías de cabezas, trae consigo un uso continuo también de las armas. Los dajakes, los utes y los ilongotes no andan nunca desarmados, aun cuando sólo hayan de ir á una cabaña distante pocos pasos de la suya; ni siquiera durante el sueño abandonan las armas. A los orang-punanes de Borneo no se les ve nunca sin un remo en una mano y una cerbatana en la otra, en lo cual contrastan notablemente con los pacíficos y afeminados javaneses ó sumatranos de Padang aficionados principalmente á las armas de adorno. Hablando de los negritos del Este de Luzón, G. Wallis sólo describe la flecha y el arco, y dice que sus flechas son malas y de poca apariencia. Schadenberg, sin embargo, ha descrito armas mejores entre los negritos de Filipinas cuyas flechas son iguales á las de los ilongotes y á las de los suluanos y tienen la forma de arpón con la punta separable del mango. Los ibilaos, afines de los sulus, son reputados como los mejores flecheros entre las tribus montañosas de Luzón, pero Schadenberg dice que en estos dos pueblos no se encuentra un solo tirador capaz de matar un pájaro al vuelo y añade: «para la caza en pleno campo usan muy poco las flechas por miedo de perderlas, porque errado el golpe es sumamente difícil encontrarlas y únicamente cuando cazan con redes las disparan contra el jabalí, pues sucede á veces que esta fiera embavecida rompe las mallas que tratan de detenerle; en este caso disparan desde muy corta distancia.»

Hablando de los igorotes, cuya principal arma es el venablo, hace observar Mas que no saben andar de un lado á otro con el arco y la flecha, armas que no conocían los que vió Hans Meyer.

Entre los dajakes, los utes y otras tribus de Borneo la cerbatana ó *sumpitan* hace las veces de arco: esta arma, que entre los lubus consiste en dos bambúes enchufados, es entre los dajakes de madera de hierro, tiene la altura de un hombre y aun más, está agujereada en toda su longitud por medio de un hierro largo y puntiagudo y pulimentada con gruesas hojas y por exceso de precaución lleva en su borde anterior una punta de lanza y un garfio de hierro que sirve, á lo que parece, de mira. Soplando en este *sumpitan* arroja el dajake sus flechas envenenadas, llamadas *langa*, ligeras y delgadas, hechas de caña de bambú, de 25 á 30 centímetros de longitud y de 2 y $\frac{1}{2}$ milímetros de grueso: la afilada punta de las mismas está mojada en una prepara-

ción venenosa. Para dar muerte á los animales de gran tamaño úsanse las mismas flechas provistas de una punta de hierro en forma de anzuelo. En el extremo superior de la flecha hay un pedazo de tuétano del grueso del calibre de la caña que sustituye á las plumas de las flechas comunes y sirve á la vez de taco. El dajake con su soplo dispara con seguridad este delgado proyectil contra un blanco puesto á 40 ó 50 pasos de distancia y fácilmente mata los más pequeños pájaros, siendo, por tanto, esta arma más eficaz que los frágiles y desiguales arcos de los hombres de las selvas filipinas con sus flechas proporcionalmente demasiado pesadas. El carcaj (*tolor*), en donde se guardan las flechas está fabricado con un pedazo de bambú con aros de rótenes entrelazados y una tapa de bambú; á menudo va adornado en su extremo superior con una concha de *Helix Brookeana*. Los rudos formosanos llevan también el arco y la flecha, que pueden ser asimismo considerados como armas principales de los alfores de Ceram así para la guerra como para la caza. Entre estos últimos los arcos son de madera de hierro y llevan en vez de cuerda un roten: sus puntas son de hierro ó de bambú. Este pueblo no conoce el carcaj. Los alfores de Tarandu hacen uso del arco y de la cerbatana simultáneamente.

La ballesta de los insulares de Nikobar, cuya presencia entre estos pueblos no deja de sorprender, es un arma real y positiva, no de mera apariencia como la de los fanes (véase el grabado de la pág. 32).

Los venenos que para las flechas se emplean en Java y en Borneo son de los más eficaces que se conocen, de modo que los pájaros y los pequeños mamíferos á quienes alcanza una flecha dajake mueren en seguida. En cambio no sabemos de ningún hombre que herido por ella fallezca rápidamente. El *tshettik*, veneno especial para flechas que emplean los javaneses, procede del conocido árbol venenoso *Strychnos Tiente*; el *antis*, veneno también javanés, se saca de la *Antiaris toxicaria*: uno y otro son tóxicos cardíacos.

Ningún dato positivo se tiene acerca del veneno que para sus flechas emplean los dajakes y cuyos efectos son muy parecidos á los de los venenos javaneses. Los que usan las tribus filipinas sólo tienen, al parecer, eficacia cuando son frescos. Por lo general, las tribus selváticas son consideradas como terribles confeccionadoras de venenos, dándose el caso de haber advertido algunos compasivos indígenas á los viajeros europeos que se abstuvieran de aceptar los manjares que los individuos de aquéllas les ofrecieran.

Las armas de fuego de formas antiguas especiales han llegado hasta muy adentro del archipiélago. Según Joest los arcos y las flechas han sido «casi generalmente» sustituidos en Formosa por el fusil de mecha chino, con el cual, al decir del propio autor, los formosanos sólo daban en el blanco á una distancia de 5 ó 6 pasos. En Java, Sumatra, Bali, Celebes y Borneo hay excelentes armeros. Wallace refiere que los sassakes de Lombok perforan por sí mismos los cañones de sus fusiles valiéndose para ello de una cesta llena de piedras; el procedimiento que siguen es más sencillo de lo que pudiera creerse á juzgar por estas enigmáticas palabras y se reduce á lo siguiente: tómase una barra de hierro redonda y se clava perpendicularmente en el suelo, introduciéndose luego por ella una punta de berbiquí que está adherida á un bambú por medio de una pieza transversal; de esta suerte, el instrumento semeja una barrena común con la sola diferencia de ser más larga puesto que llega hasta el pecho de un hombre. Para hacer más presión sobre la barra de hierro se teje alrededor del bam-

bú una cesta que se llena con piedras. Los battas esculpen artísticamente las cajas de sus fusiles de piedra y conocen asimismo el arte de fabricar pólvora, para la cual ofréceles el azufre el suelo volcánico de su territorio, obteniendo el salitre mediante la lixiviación de la tierra empapada en orines que se encuentra debajo de sus chozas. En cuanto á los cartuchos los fabrican con cañas de bambú. El hecho de que Manila poseyera en 1570 cañones fundidos en el país y de que los sultanes de las Sulus dispongan, desde hace mucho tiempo, de una artillería al parecer formidable, ha hecho surgir la cuestión de si los chinos introdujeron en esos territorios, antes de la época europea, la fundición de cañones. Lo más probable, sin embargo, es que estos he-

chos sean debidos á la actividad de los renegados portugueses y españoles. Estos pueblos consumen en los combates la pólvora con rapidez extraordinaria, de modo que muchas veces la lucha ha de decidirse con las lanzas y los machetes.

La lanza representa un papel muy secundario en el armamento de los malayos, quedando reducida á las funciones de arma de caza ó de adorno, esto último especialmente en Java (véase el grabado de la pág. 592); sólo en algunos pueblos, como por ejemplo entre los isleños de las Sulus, forma parte con el *kampilán* y con el *kris* del pesado armamento de guerra. Con el carácter de arma principal únicamente la vemos mencionada entre los igorotes de Lu-



Enseres domésticos de los malayos:—1 Peine de Timor.—2 Cuchillo de Filipinas.—3 Hoz de Java.—4 Campanas de Sumatra.—5 Brasero y puchero para el arroz, de Java.—6 Cesta para arroz, de Java.—7 Pipa de Sumatra (Museo Etnográfico, Dresde).

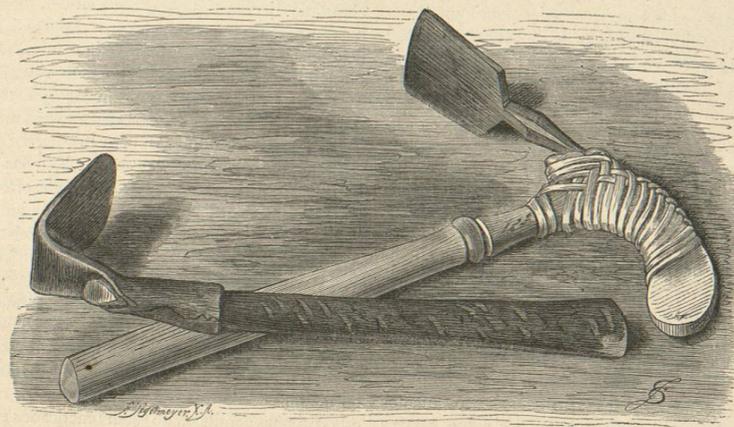
zón, los cuales distinguen las lanzas arrojadas con puntas de bambú y las contundentes cuyas puntas son de hierro y afectan la forma de flecha. Los alifures de Ceram también usan las lanzas puntiagudas de bambú. Entre los dajakes la lanza no forma parte del equipo militar y sólo para la caza del jabalí se emplean unas lanzas largas. Más aficionados á ella son los maanjanés del Sudeste de Borneo, en donde apenas hay un hombre que no vaya provisto de ella y de su espada ó cuchillo de monte. Pero en donde alcanza mayor importancia práctica es entre las tribus cazadoras: la caza es la ocupación principal de los kubus de Sumatra central, por ejemplo, los cuales se sirven para este ejercicio de la lanza y de una pequeña destrel; tampoco la abandonan los ilongotes de Luzón por más que no consagren á ella tanto cuidado como al *kampilán*. Para fabricar la punta no se ajustan á ninguna forma determinada sino que la amoldan al pedazo de hierro en que trabajan; el mango es siempre de *Palma brava* (*Corypha minor*). La lanza formosana, de 3 á 4 metros de largo, tiene muchas veces por punta un cuchillo chino; la lanza borneana va fija á una cerbatana á modo de bayoneta (véase el grabado de la pág. 597).

El arma nacional de los malayos es en todas partes un término medio entre el cuchillo de monte y la espada, pareciéndose muchísimo á la espada árabe y bastante también á la japonesa y á la china; con todo y ser esta arma de fecha más reciente que el arco, la cerbatana y la flecha, su fabricación está de tal manera rodeada de supersticiones y aparece tan íntimamente unida con la vida de estos pueblos que es forzoso atribuirle una antigüedad preeuropea. En su forma sencilla viene á ser el *kampilán* de los ilongotes, pueblo tan hábil, á pesar de su salvajismo y pobreza en otros conceptos, en la manipulación del hierro y tan familiarizado con la dureza del mismo que hace excelentes hojas con el hierro que generalmente en forma de láminas llega á sus manos por medio del cambio. Estos indígenas suelen adornar con alambre de oro la parte inferior de la hoja afilada por un solo lado y apenas arqueada y cuyo extremo inferior está adherido con alambre al puño de madera cubierto de latón. La guarnición es del mismo metal y está puesta entre la hoja y el mango; éste, para que pueda ser mejor empuñado, va envuelto en varios hilos endurecidos con resina; la vaina es de madera y está formada por dos piezas unidas entre sí por anchas cintas de caña.

El cinturón que sostiene el *kampilán* consiste en una faja de un tejido fino que llevan pasada á los hombros unos y alrededor del cuerpo otros y todos en el lado izquierdo. Estos elementos los encontramos en todas partes, siendo especialmente de notar la uniformidad que vemos en los detalles y que no permite abrigar duda alguna acerca del origen común de esta arma. El *kampilán* lo encontramos con este mismo nombre en las islas Sulus, con el de *bolo* entre los igorotes de Luzón y con el de *mandau* entre los dajakes. Afilada por un lado, una hoja apenas arqueada y muy gruesa por el lado opuesto al filo, un puño de madera envuelto en alambre y una cuerda anudada de una manera especial á modo de tahalí, he aquí los elementos de esta arma más perfecta en sus detalles, en la que encontramos incrustaciones de latón y dibujos grabados en el dorso, elegantes esculturas en el mango y bonitos adornos en la vaina. Los cazadores de cabezas suelen adornar la empuñadura con

dientes humanos; además, entre ellos lleva el *mandau* como complemento en la parte inferior de la vaina un estuche de corteza de árbol en donde va clavado un cuchillo, cuya hoja y cuyo mango tienen una longitud de 12 y 40 centímetros respectivamente. Este cuchillo les sirve á los dajakes para cortar la cabeza y rascar de ella la carne de las víctimas que han sucumbido á los golpes de su *mandau*; también lo encontramos independientemente de esta arma principal y con el nombre de *taroh* entre los pobres habitantes de la isla que lo emplean para la caza y para sus trabajos, lo cual no es óbice para que algunos de ellos, como por ejemplo los maanjanés, lleven también el *mandau*. Los ricos y los cazadores de cabezas más activos poseen media docena de estas armas preciosas que como el más bello adorno cuelgan de las paredes de sus chozas.

El arma principal de los malayos mahometanos es el *kris* ondulado que entre los sassakes reviste el carácter de arma



Azidas de los malayos de Singapur (Museo Etnográfico, Munich) $\frac{1}{4}$ de su verdadero tamaño.

nacional. Los cazadores de cabezas ponen especial cuidado en que el filo sea lo más cortante posible y para probarlo se cortan con él los pelos de la pierna.

El *lazo* se cita como arma de los ifugaos de Luzón que también poseen lanzas, arcos y flechas y que seguramente emplean en sus cacerías de cabezas aquella arma ofensiva no usada en el territorio malayo.

Entre las tribus mejor armadas que han sentido la influencia de la India encontramos mayor variedad en las armas defensivas, mereciendo entre éstas ser mencionados en primer término los escudos que son de madera ó de entrelazado (véanse los grabados de las págs. 589, 593, y 600). Las tribus sencillamente armadas tienen por regla general un escudo de madera adornado con pinturas ó con conchas incrustadas, esto último especialmente en el archipiélago oriental, en las Molucas, etc. Entre los ilongotes el escudo ó *kalata* está confeccionado con una madera ligera, pintado con el jugo encarnado de una planta y adornado con esculturas y tiene una forma larga y algo arqueada; el de los dajakes, denominado *kliau*, es mayor, tiene la mitad de altura que un hombre, ostenta á lo largo un canto saliente y está adornado en sus dos lados con arabescos de colores, generalmente encarnados, y algunas veces también con cabellos humanos; Joest dice que los alifures de Ceram por cada cabeza que cortan arrancan de su escudo una concha y ponen en su lugar un mechón de cabello (véase el grabado de la pág. 600). Entre los suluanos encontramos

dos escudos, uno grande y otro pequeño; este último, que es el que con más frecuencia se lleva, es de forma circular ó elíptica y sólo cubre medio cuerpo, al paso que el primero tapa por completo al que lo lleva: uno y otro son de madera dura y van á menudo cubiertos de piel de búfalo para que tengan mayor resistencia. El *salawaku* ó escudo adornado con conchas de los alifures de Ceram es más estrecho, tanto más cuanto más valiente quiere aparecer su dueño.

Las armaduras sin ser de uso general aparecen en todos los territorios del archipiélago, debiéndose, en parte, su introducción á la influencia árabe, como parece demostrarlo el hecho de que en las Sulus sean los menos los que se contentan con el simple escudo. En estas islas son muchos los que envuelven su cuerpo en el *kambut*, grueso cincho de algodón; otros llevan cascos y corazas de cuero de búfalo y algunos pocos se ponen cotas: Bastián reproduce una de éstas, de Mandhar (Molucas), confeccionada con cordones entrelazados, que se cerraba por detrás y estaba provista por detrás y por delante á fin de que tuviera más peso de grandes conchas de caracol de las especies *Conus* y *Trombus*; lo propio vemos entre los piratas de Mindanao. Las corazas forman también parte de las armaduras de los cazadores de cabezas dajakes, entre los cuales encontramos, además, chupas rellenas de algodón que son segura defensa contra las flechas, corazas hechas con las escamas del pangolín y con cordones de coco espesamente entrelazados y coletes de cuero de búfalo. Pertenece final-